"Lectura diferente acerca de nuestra historia"

Historia concisa de Colombia (1810-2013)
MICHAEL J. LAROSA, GERMÁN R. MEJÍA
Pontificia Universidad Javeriana, Universidad del Rosario, Bogotá, 2013, 278 págs., il.

ES RARO encontrar un libro que cumpla con el paradigma histórico que nos enseñó Josep Fontana en sus clases de Teoría de la Historia: que la historia debe explicar el presente, enseñarnos que lo que existe lo hicieron los hombres y, por lo mismo, es susceptible de ser transformado por ellos que quieren construir un futuro diferente. Esta explicación del presente es lo que busca este libro, que fue pensado principalmente para extranjeros, solo que –al leerlo– a nativos como yo nos queda claro que es poco lo que sabemos de la historia de Colombia antes de leer una síntesis con la calidad de la que nos ofrecen LaRosa y Mejía.

Es una propuesta de lectura diferente acerca de nuestra historia, pues se aleja de las visiones sintéticas que conocemos, la mayoría hechas por extranjeros, que focalizan en la política las explicaciones de un presente tormentoso y, al parecer, sin salida. Las síntesis históricas anteriores, sin duda importantes, tienen además el defecto de explicar los hechos desde Bogotá, ciudad que es concebida como el núcleo de un poder central que explicaría toda nuestra historia, algo que le debemos a Henao Arrubla y que es continuado de diferentes formas por muchos académicos, incluidos historiadores, con formación profesional.

El libro que reseñamos tiene un enfoque diferente al ser escrito para los estadounidenses interesados en Colombia. La afirmación de partida es clara y contundente: Colombia sigue siendo, para los Estados Unidos, "una especie de anacronismo y de enigma" [pág. 21], a pesar de ser el país latinoamericano que más recibe ayuda de aquel país, con el gobierno más proestadounidense, pero también uno de los que más dificultades tiene para aprobar un Tratado de Libre Comercio y del que reciben más advertencias los estadounidenses que quieren visitarlo. La explicación: el narcotráfico, el terrorismo y la inseguridad reinante. Pero al mismo tiempo, los autores encuentran una coyuntura para publicar su investigación: la imagen de Colombia en los medios del coloso del norte está cambiando: ya no es el clima de violencia lo que se proyecta, sino el folclor, el arte, la música, la cultura, su historia…

Es esta coyuntura lo que justifica el libro: es una interpretación de un presente que rompe con los fantasmas del pasado como único medio de avizorar un futuro diferente, de acuerdo con las orientaciones trazadas por Alberto Flores Galindo (*Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*, La Habana, Casa de las Américas, 1986). El punto de partida lo encuentran en obras escritas por autores estadounidenses como el libro de David Bushnell (*Colombia. Una nación a pesar de sí misma*, Bogotá, Planeta, 1996) –una explicación de la historia colombiana abordada desde la política decimonónica– y el de Frank Safford y Marco Palacios (*Colombia. País fragmentado, sociedad dividida*, Bogotá, 2001), quienes lo hacen desde los aspectos económicos sociales. Estos dos libros permiten romper la mirada actual sobre Colombia que es publicada en los Estados Unidos en obras que tratan el tema de las drogas o las frecuentes violaciones de los derechos humanos.

A pesar de basarse en las dos obras mencionadas, el libro que se reseña tiene una forma diferente de abordar a Colombia. Sus autores hacen explícito que no lo realizan desde una cronología signada por la política, sino desde una serie de temas que dan la idea de tratamiento de historia total que tiene un eje explicativo: la Constitución de 1991 y los cambios que ella trajo para la sociedad colombiana. Así la historia de Colombia no nos aparece con las típicas visiones catastróficas que ofrecen quienes la abordan desde la construcción del Estado y la sociedad siguiendo modelos trazados desde el Atlántico Norte; no está lleno de las guerras civiles decimonónicas, ni de la violencia liberal, conservadora, izquierdista o narcotraficante de los siglos XX y XXI. Esto ocurre porque parten de preguntas claras acerca de los factores que permiten entender por qué Colombia perdura, se mantiene, se hace viable, se mantiene unida… Abandonan el énfasis puesto en el caos y buscan las instituciones que han hecho posible esta nación, no dejan de lado el estudio de los conflictos, lo que ocurre es que ponen la mirada en las formas en que fueron resueltos. No es la comparación la guía porque ella es la que ha llevado a la noción de fracaso, a mostrar una Colombia distinta y solitaria en un contexto de naciones que tienen un pasado con muchos elementos comunes. Rompen con los tópicos tradicionales establecidos por unos patrones históricos en muchos sentidos oficiales (así sean escritos por historiadores que se dicen de izquierda), y ofrecen una visión dinámica de nuestra historia con interpretaciones diferentes: como los mismos autores lo dicen: "El estudio de la historia es liberador, y las interpretaciones nuevas nos dan la oportunidad de reconsiderar nuestra lectura, nuestro entendimiento, nuestro sentido de la historia de una nación" [pág. 24].

La ruptura con la forma de presentar los resultados de la investigación histórica les permite mostrar una obra que es organizada por temas. El primero son los orígenes de la historia moderna, que la encuentran en la llamada época de la independencia que sirve de marco para el surgimiento de Colombia. La independencia es presentada como el surgir de unos procesos que conducen al cuestionamiento de un presente de exclusión que por sus cambios políticos e ideológicos van de la autonomía a la independencia, haciendo surgir en medio de conflictos civiles las instituciones de un Estado que irá adquiriendo la forma republicana, con sus procesos electorales y sus formas de representación que son presentadas como lo más innovador al producir las Juntas de Gobierno y llevar a la primera república, en medio de discusiones acerca del centralismo, del federalismo o de fidelidad a la monarquía que arrastrarían a las primeras guerras civiles largas y sangrientas, de las que solo se saldría cuando Bolívar puso fin al absolutismo y creó la segunda República que tuvo, precisamente, el nombre de Colombia, que es el objeto de estudio del libro de

LaRosa y Mejía. La Gran Colombia, creada entre 1819 y 1821 con los territorios de Venezuela, Nueva Granada y Quito, es el punto de partida para la generación de una república que buscó consolidarse en medio de conflictos entre militares o de militares con civiles, que al final llevaría a la primera dictadura militar, a la disolución de la república y al surgimiento, en 1832 de otra que se llamó Nueva Granada.

Este es el punto de partida de un Estado nacional que incluye una gran variedad de grupos étnicos ubicados geográficamente en un territorio muy diverso y que durante los siglos XIX y XX vivieron momentos de desplazamiento que fueron estableciendo un desequilibrio entre el campo y la ciudad. Los autores muestran la evolución de los diferentes grupos indígenas, de la población afrocolombiana y raizal y de muchos otros colombianos. Dan una idea de sus principales procesos poblacionales, sus cambios demográficos y su presencia actual. La migración interna y el tránsito de colonos a pobladores, con las dinámicas de apertura de fronteras agrarias y los conflictos que se generaron con grandes terratenientes, llevaron a una presencia de las instituciones del Estado gracias al surgimiento de las "cabeceras municipales" que le fueron dando forma al Estado Nacional y que, de manera lenta durante el siglo XIX y de forma acelerada durante el siglo XX, fueron creando un proceso que llevó al país urbano que conocemos hoy.

Es esta población diversa y cambiante en su ubicación geográfica la base de la nación. Colombia es presentada como una construcción colectiva del estado democrático liberal que llevó al actual estado social de derecho y que parte de la creación de una ciudadanía con sus principios de libertad, igualdad, seguridad y propiedad. La evolución que esto sufre desde la independencia hasta la Constitución de 1991 es lo que se muestra en el capítulo 3. El seguimiento de la evolución del reconocimiento de los derechos de los ciudadanos sirve de marco al modelo de democracia y política que los colombianos han desarrollado a lo largo de su historia moderna. Federalismo y centralismo y sus conflictos han servido para consolidar una nación que se logró gracias a un fuerte régimen presidencialista impuesto gracias a sangrientas guerras civiles y violencias internas entre partidos políticos que se enfrentaban por ideologías pero, principalmente, por el interés de controlar los gobiernos como medio de garantizar el monopolio partidista del Estado. Luego de una dictadura militar en el siglo XX y de un pacto llamado Frente Nacional entre los partidos tradicionales que no supo responder a las demandas de la sociedad y generó la violencia revolucionaria, la Constitución de 1991 intentó crear un nuevo modelo de Estado que ahora no es controlado por esquemas partidistas, sino por las maquinarias políticas –enormes empresas políticas– que pretenden poner el Estado y la Sociedad a su servicio. A pesar de que los cambios han sido lentos y los resultados no han sido los mejores, los autores del libro observan en la aplicación de esta Constitución procesos de cambio que permiten ver una mejor planeación, un avance en el reconocimiento de los derechos fundamentales y en la creación y aplicación de las leyes por medio de un congreso y una justicia que es presionada por un fuerte régimen presidencialista.

El énfasis puesto en la evolución de la unidad nacional es lo que más llama la atención de este libro. La hipótesis no deja de ser interesante: ¿cómo pudieron "unas élites débiles construir y estabilizar un Estado que fuera viable en términos de su control social y territorial"? [pág. 86]. Aparte de las dinámicas culturales desarrolladas por el estado decimonónico se proponen respuestas que nos muestran cómo se superaron los excesos del régimen centralista presidencialista y su pretensión de controlar la autonomía regional, cómo se corrigió la contradicción surgida de construir un Estado fuerte excluyendo las mayorías sociales, como se les hizo ver a dichas mayorías que formaban parte del cuerpo de la nación, y cómo se superaron las barreras geográficas internas. En todo esto registran cómo influyeron los partidos políticos, el catolicismo como religión mayoritaria y oficial, el español como lengua común, el ejército y la moneda nacional.

Debido a que la política atraviesa todos los campos de acción de una nación que fue creada por el Estado, el estudio del conflicto no escapó a la mirada de los autores. Aparte de esa explicación está el hecho de que es la imagen externa que –desafortunadamente– más proyecta nuestro país. El estudio de los conflictos no es abordado desde el conflicto mismo, sino desde las formas en que fue resuelto. Señalan los autores que los colombianos siempre han buscado formas de negociación y de mediación para resolverlos, con excepción de la llamada Violencia que enfrentó a liberales y conservadores. Se aborda el fin de las guerras de independencia, las guerras decimonónicas, la separación de Panamá, los conflictos del siglo XX: violencia partidista, insurgencias revolucionarias, narcoparamilitarismo, hasta el Plan Colombia... Todo les permite mostrar las características de un conflicto interno posiblemente producto de la falta de liderazgos claros, de la debilidad del sistema de justicia y de los organismos de seguridad, de la falta de funcionarios públicos competentes, una prensa insensible y una población caracterizada por el temor frente a los actores violentos. De esta manera, el conflicto ha formado parte de la vida cotidiana de los colombianos, quienes la hemos vivido con "candidez", "informalidad" y espíritu colaborativo. Asimismo, la frase de cierre del capítulo 5 no deja de ser llamativa: "La mayoría de los colombianos intentan superar el conflicto político y social cotidiano pasando mucho tiempo con la familia, los amigos, las visitas, un tipo de resistencia influenciado por el singular desarrollo histórico y cultural del país" [pág. 123].

El tema de la economía es presentado también como un caso de relativo éxito, para un país que fue percibido en algunos momentos de su historia como un caso posible de Estado fallido, por la crisis que debió enfrentar. Se trata de un país con uno de los más altos índices de pobreza en América Latina, con un desempleo exagerado, un alto índice de criminalidad, y una producción que no cubre las necesidades de sus pobladores y que debe ser acompañada por la exportación constante de oro, petróleo, carbón y esmeraldas en lo que se refiere a materias primas, de azúcar, textiles, papel y libros en los procesados y de café, flores, arroz y algodón en diferentes momentos de

su historia; hoy, la cocaína se agrega como uno de los procesados derivados de su producción agraria. Ingresos derivados de la producción formal e informal es lo que se muestra como lo que ha sostenido a un país que desde mediados del siglo XIX tuvo que recurrir a las exportaciones de materias primas como una forma de equilibrar la economía y al que los debates entre librecambio y protección lo sumieron en más de una guerra civil.

Sin estar acompañado de los cuadros y estadísticas que son normales en las referencias económicas, el lector extranjero o nacional adquiere con este capítulo una idea clara de la forma en que ha evolucionado la economía colombiana desde el periodo colonial y de la manera en que los colombianos han superado los obstáculos al desarrollo. La conclusión, para nosotros obvia, puede no ser tan clara para otros lectores: una economía mixta y elástica orientada por el mercado y con tendencia al crecimiento, que mantiene unos desequilibrios de pobreza que siguen siendo inconcebibles en la sociedad moderna, que no ha encontrado (o en la que sus dirigentes no han querido encontrar) formas de cerrar la brecha entre ricos y pobres. Quizá faltó que los autores mostraran cómo, en nuestro país, esa brecha no se cerrará mientras los gobiernos mantengan las políticas asistenciales que buscan dar migajas del presupuesto nacional a los más desposeídos en esos programas de pobreza y pauperización que llaman Familias en acción, o Jóvenes en acción, con que disfrazan su falta de compromiso con la sociedad toda y su falta de responsabilidad social.

Esta economía se desarrolló en medio de un país fuertemente regionalizado y con difíciles comunicaciones internas, que hacían difícil lograr la creación de una nación unificada, a pesar de la existencia dinámica de los factores culturales y políticos antes mencionados. Colombia debió pasar de los caminos indígenas a los de mulas, luego a los vapores y los trenes y, por último, a una intrincada red de carreteras y rutas aéreas. Estos medios de transporte se asociaron al telégrafo, al teléfono, a la prensa, a la radio y a la televisión para acabar de darles unidad a los colombianos. Es cierto y paradójico que algunos medios modernos de transporte no se mantuvieron, por ejemplo los trenes o la navegación por los ríos internos, al ceder los gobierno ante las presiones de los intereses económicos de quienes financiaron sus campañas políticas, pero también lo es como lo muestran LaRosa y Mejía, que Colombia es hoy un país comunicado en forma eficiente y que se sigue modernizando su red vial mientras la aviación se muestra en uso frecuente. También se ha logrado que los colombianos estén cada vez mejor informados y que tengan un mayor acceso a internet y al uso de las redes sociales.

Tratándose de un libro para extranjeros se incluyó un capítulo en el que se registran los aportes culturales de los colombianos al mundo. Lo más representativo de la pintura, la escultura, la pintura, la arquitectura, la literatura, la música, el teatro, se muestran en diferentes periodos en las diversas expresiones de su variedad regional. De manera precisa, esa regionalización de una población diversa en el ámbito cultural y con fuertes rasgos étnicos es lo que se destaca de unos actores culturales que desarrollan sus expresiones artísticas sin imitar a Europa o a los Estados Unidos y sin quedar presos de lo puramente intelectual y vanguardista.

Un tema muy llamativo es el de la cotidianidad que es abordado como una forma de mostrar la cultura popular de un país que está lleno de fiestas religiosas y profanas. Se presenta como la posibilidad para definir la identidad cultural de los colombianos. Fiestas religiosas y carnavales, asociadas a prácticas deportivas como el ciclismo, el boxeo o el fútbol han hecho que el nombre de Colombia se escuche en el exterior. A esto se asocian los reinados de belleza, las radionovelas y telenovelas y una gastronomía muy colombiana que no tiene un plato nacional a pesar de destacar el ajiaco bogotano, o la bandeja paisa que se caracterizan por la presencia de carnes y de abundantes carbohidratos. Aunque mencionan el consumo de pescado en las costas, se quedaron cortos en este capítulo teniendo en cuenta que la variedad gastronómica es riquísima en la costa del Pacífico o en los altiplanos de Boyacá y Pasto, o en el típico sancocho que se consume en muchos sitios del país, destacándose el vallecaucano. Consumos gastronómicos que, por cierto, son lo característico de esa cotidianidad que se vive en las fiestas y jolgorios tan frecuentes en nuestro país. Desde luego, se debe reconocer que es difícil abarcar las manifestaciones de la vida tradicional colombiana en unas cuantas páginas.

Cierra el libro un capítulo acerca de las relaciones exteriores de Colombia, en el cual se hace hincapié en las que corresponden con los Estados Unidos. Se miran desde las prevenciones de Bolívar hasta las intervenciones que realizó la potencia del norte que produjeron la separación de Panamá. A partir de allí se revisan diferentes momentos de cooperación entre los dos gobiernos que llevaron al Plan Colombia en sus diferentes aspectos y las características de cooperación con gobiernos específicos. No deja de llamar la atención que se trata de una mirada crítica, pues no olvidaron mencionar los falsos positivos ocurridos durante el gobierno de Álvaro Uribe, para cerrar mostrando el gobierno de Juan Manuel Santos como una especie de gobierno "sorpresa", por sus políticas de paz y de reconocimiento a las víctimas del conflicto. Todo se cierra con un seguimiento a las diversas conversaciones de paz con los grupos guerrilleros en el que se muestran sus alcances y fracasos para finalizar registrando un esperanzador futuro de que el actual gobierno la alcance con las FARC.

Por todo lo anterior este es un libro diferente: bien escrito (aunque con algunos pequeños errores que no sé si fueron de los autores o del traductor), bien sustentado y argumentado y que no cayó en el pecado de las síntesis anteriores de ignorar las regiones, aunque los autores pudieron haber profundizado más en este punto para brindar un mejor entendimiento de Colombia y sus habitantes. La idea que nos ofrece de nuestra historia sin que esté presa de la cronología política tradicional y sin esa visión catastrófica del pasado y del presente, permite aceptar que ellos lograron transmitir la idea de un país en el que se podrá vivir mejor.

En tiempos recientes, cuando los gobiernos y sus ministros de Educación han hecho esfuerzos exitosos

por sacar la enseñanza de la historia de las aulas escolares y cuando los historiadores y nuestras asociaciones no hemos sido capaces de fundamentar la necesidad de recuperarla, este libro brinda una posibilidad de hacerlo, pues no solo ofrece una visión diferente del presente y del futuro, sino que nos saca del teoricismo ramplón y sin manejo de realidad en el que convertimos nuestros textos y discursos que, además, abordan temáticas tan específicas que hasta perdimos tanto la noción de totalidad y de proceso, como al público capaz de aprovechar el resultado de nuestras investigaciones.

Alonso Valencia Llano
Profesor titular, Universidad del Valle